

**PREGON DE LA SEMANA SANTA DE MURCIA**

**Pronunciado el día 16 de marzo en la Iglesia  
de Santa Eulalia, por el Ilmo. Sr. D.  
Francisco Javier Díez de Revenga Torres**

Queridos amigos:

No se me oculta en este momento, tan importante para mí, la dificultad del empeño en el que ahora estoy ocupado. Por eso quiero que mis primeras palabras sean de gratitud inmensa para el Real y Muy Ilustre Cabildo Superior de Cofradías de Murcia, que tuvo la gentileza unánime de pensar en mí para ejercer este hermoso oficio de Pregonero de la Semana Santa de Murcia. Al Cabildo y a todos y cada uno de los Presidentes —más de uno entrañable amigo desde hace ya muchas Semanas Santas— mi más sincero agradecimiento. Y también mi reconocimiento para el Presidente de la Real e Ilustre Cofradía de Nuestro Señor Jesucristo Resucitado, nuestro anfitrión y mi generoso introductor ante todos vosotros. Veréis compensado vuestro gesto, si no con el acierto en el desarrollo de un pregón memorable, sí con el entusiasmo de este nazareno murciano de toda la vida, que ya en 1954 salía vestido de raso azul celeste —el mismo color que, curiosamente, pinta hoy mi muceta universitaria— sujetando la borla del estandarte de las Servitas, ante el paso de la Virgen de las Angustias de Salzillo.

Pero no son esos mis primeros recuerdos de la Semana Santa de Murcia, como enseguida os diré, porque me vais a permitir que en mi evocación de nuestra Semana Mayor y en mi invitación a que volváis a ver nuestras procesiones, sea mi memoria la primera que os ilustre con unas experiencias que, posiblemente, sean como las de todos y cada uno de vosotros, nazarenos murcianos que habéis venido, con amistad que agradezco, a oír este pregón.

Pero antes me vais a autorizar a que haga referencia a otros y muy interesantes asuntos. Estamos en la Iglesia de Santa Eulalia, sede de la Cofradía del Resucitado, una de las parroquias más castizas de Murcia, visita obligada para todos desde nuestra más infantil

existencia en las fiestas de la Candelaria y San Blas, la Iglesia en la que éste que os habla —alumno de un colegio de monjicas cercano— recibió el sacramento de la Confirmación cuando tenía cinco o seis años, ocasión que siempre recordaré porque fue la primera en que vi a un obispo de cerca. Esta Iglesia que nos sirve de marco para el pregón, nos va a integrar e introducir, como ninguna otra, en el mundo barroco y de fingida ilusión que es toda nuestra Semana Santa, semana de contraste y de claroscuro, semana de luz y de oscuridad, semana de dolor y de alegría. Mirad a vuestro alrededor. Estamos en la iglesia cuyas pinturas son de un italiano genial que vino a Murcia en el siglo XVIII, en la magna época de Salzillo. Era Paolo Sístori, un pintor que derrochó imaginación y creó la gran fantasía de la ilusión barroca que tan presente está en nuestra Semana Santa. Mirad los retablos y ved las columnas y capiteles y entrad en el mundo de la ilusión óptica de este italiano que pintó sugerencias y creó ficciones de espacio donde sólo hay pintura. También lo hizo en la Iglesia de Jesús, pero es aquí, templo de la Resurrección, iglesia prendida a fiestas infantiles de palmito, torraos y caballitos de tirovivos renqueantes, donde don Pablo el italiano dejó volar con más intensidad su fértil imaginación barroca. Santa Eulalia de Murcia, iglesia vinculada al punto final de la Semana Santa, a la que ahora hace diez años vino a pronunciar su Pregón, en una ocasión como ésta, el Padre Juan Hernández, nazareno entusiasta como el que más, al que yo ahora quiero recordar con respeto y emoción.

Las fiestas, para los que ya vamos alcanzando cierta edad, son nuestras porque se nutren de nuestros propios recuerdos. Y esto las hace hermosas y entrañables. Escribía Antonio Segado del Olmo, en uno de los cuentos de Miércoles Santo que se reunieron en su último libro que una de las cosas que más entrañables resultan a los murcianos al vivir la Semana Santa, es vivir las tradiciones. Cada cual tiene la suya. Yo he conocido a estantes de pasos de la procesión de Jesús con más de cuarenta y cincuenta años saliendo debajo de un determinado trono, contando cada año como un más y con la ilusión puesta en volver al siguiente. Y he conocido también a otros muchos nazarenos más jóvenes, incluso venidos de otras tierras, luchando por fabricarse su propia tradición. Hay familias enteras que, tradicionalmente, madrugan y mucho —a veces, ni se acuestan— por conseguir unas determinadas sillas en la Plaza de Belluga, siempre las mismas, siempre en el mismo lugar donde están viendo las pro-

cesiones, la de Viernes Santo en concreto, desde hace quince, veinte, treinta años...

Semana Santa murciana, semana de emoción contenida, vivencia para muchos de recuerdos que vienen de la infancia y están prendidos a tradiciones personales, tradiciones que se hacen a los pocos años de nacer. Cada año, y no desde hace muchos, cuando en Viernes de Dolores, oigo desde mi estudio sonar por primera vez la banda de música, que vuelve a repetir la marcha pasionaria familiar, conocida desde la infancia, vuelve a funcionar el dispositivo recordatorio y se pone en marcha todo un mundo de contenida emoción. La Semana Santa comienza en mi Plaza de San Nicolás, al pie de mi balcón desde hace tan sólo unos años, pero ya es tradición para muchos, incluso para mí. Semana Santa de Murcia con sus santos y sus vírgenes, con sus sencillos e inseguros tronos, con las mil caras de Cristos teatralmente dispuestos entre la sangre y la burla cruel de los largos pitos destemplados en roncas bocinas y tambores insolentes que llenan al espacio de monótonos acordes... Cada uno vive en la Semana Santa la emoción de un tiempo y de una Murcia personal y propia, de una Murcia que tiene mucho de memoria pasada y de recuerdo...

Para vuestro pregonero la tradición viene de muy lejos. Viernes Santo murciano... No encuentro en mi memoria recuerdos más antiguos que los de un lejano Viernes Santo de infancia y la procesión pasando por la Plaza de Belluga, vista desde un hermoso balcón familiar. Nazarenos pasando, imágenes envueltas en radiante luz matinal y el saludo familiar de un nazareno que presidía la procesión como él sólo sabía hacerlo, yendo de un lado para otro, acudiendo a todo, vigilando un orden y consiguiendo una brillantez. Cada murciano tiene sus recuerdos prendidos a una procesión o a varias. Una memoria unida a un objeto especial, con encanto insólito... Las convocatorias: vino dulce, licor café y galletas fabricadas en casa para los músicos y para los nazarenos que madrugaron... El traslado... Arreglar el paso, el cabildo... y, al final, el milagro, la madrugada de Viernes Santo... La procesión en la calle... Mis recuerdos se vinculan a mi gente, a Emilio Díez de Revenga, que tanto hizo por nuestra Semana Santa y que con tanto orgullo supo ser nazareno murciano. Junto a él, todos fuimos creyendo en Viernes Santo como algo muy especial y muy nuestro, y a ninguno se nos ha borrado su imagen en la procesión, que cada año revivimos íntimamente.

No soy de los que creen que nuestra Semana Santa haya de ser

una fiesta alegre. En eso disiento de la mayoría de los murcianos que ven en nuestra Semana Mayor y en alguna de las procesiones en concreto ocasión de mezclar fiesta con sacrificio, expansión con dolor. Una extraña combinación de expansiva devoción que para mí simboliza el estante de la procesión de Jesús, que soporta su pesada carga durante largas horas de sol y de calor y, sin embargo, no pierde ocasión de ir saludando a lo largo de la carrera, con nerviosa alegría, a familiares y amigos venidos de su carril o de su partido huertano, mientras los surte de los más variados alimentos que transporta en su propia túnica. Para el que viene de fuera —y lo sé porque buenos amigos europeos y americanos me lo han comentado con asombro— esta mezcla de sacrificio y fiesta, de alegría y de dolor, de penitencia y de gozo es incomprensible. Para cualquiera de nosotros es, sin embargo, algo absolutamente normal. Cada mañana de Viernes Santo, cuando, en la procesión, recorro con estos nazarenos la ciudad y veo ese público ansioso y jovial —los nuestros— y alucinado y sorprendido —los forasteros— me pregunto cuál es la clave de esta forma de vivir la Pasión de Cristo, cuál es el secreto. Y hasta ahora, queridos amigos, sólo encuentro una respuesta: Murcia así es.

Semana Santa murciana. Primeros y tempranos acordes en la Plaza de San Nicolás. Pasos con flores y nazarenos aprestándose con sus cirios a iniciar la gran ceremonia colectiva que durante diez días tendrá a la ciudad pendiente de sonidos y de imágenes irrepetibles. Cristo del Amparo en busca de su Virgen del Dolor, procesión con encuentro final, principio de una tradición y amor a nuestra manera de vivir la Semana Santa. Semana Santa murciana, verde en Domingo de Ramos, procesión del Cristo de la Esperanza, verde como nuestra huerta, primavera radiante que surge de la casa del Santo Pescador, Pedro el inseguro, pontífice máximo del verde mar. Y al final el Cristo de la Esperanza con sus brazos tendidos a la ciudad:

En este leño por mis culpas veo  
la luz sin resplandor, muerta la vida,  
y que de aquel costado fue la herida  
puerta de la heredad que en fe poseo.

¿Quién dirá que su afrenta fue trofeo,  
y venciendo la muerte fue vencida,  
y que levanta el hombre su caída,  
y el Justo pone en libertad al reo?

**Semana Santa de Murcia y perdón en las calles en largo itinerario. Procesión de San Antolín, celebración magenta de una ceremonia murciana. La palabra es perdón y las escenas de la Pasión se suceden hasta que llega el Cristo de San Antolín, que trae consigo la devoción de la huerta de Murcia:**

Vinagre y hiel para sus labios pide,  
y perdón para el pueblo que le hiere,  
que, como sólo porque vive muere,  
con su inmensa piedad sus culpas mide.

**Semana Santa murciana. Cristo hospitalario en la calle, señor de la Salud, rojas y blancas las túnicas para cruzados pontificios que fundaron hospitales antiguos. De la Iglesia del Santo Hospitalario sale el Cristo castellano que Murcia reverencia:**

No enfermedad, sino salud tu tránsito  
de esta huidera vida a la de siempre;  
no grietas ni resquicios de una ruina  
tus heridas...  
pues fue tu muerte  
salud, y sanidad y lozanía.

**Semana Santa de Murcia. Cristo del Rescate, procesión de la Esclavitud y Virgen de la Esperanza. Morada y verdiblanca devoción arraigada en un pueblo que camina tras su Cristo preso, conducido a través de las calles de una Murcia absorta:**

Aquel que presidiendo a tierra y cielo,  
Juez universal de las edades,  
pesara sus caducas majestades  
y el culto vil adoración del suelo,  
hoy, por injusto y vengativo celo,  
es reo a quien se humillan las deidades;  
y acusa por mentira sus verdades,  
del romano poder frágil recelo.

**Miércoles Santo murciano. Cristo de la Preciosísima Sangre cruzando el río. Toda Murcia inundada de rojo. Entusiasmo popular y fusión de las más antiguas devociones:**

El costado de Cristo, que inhumana  
fuerza rasga, lanza rigurosa  
desata rayos de jazmín y rosa,  
equivoco raudal de nieve y grana.

El corazón se asoma a la ventana  
que en el pecho le abrió mano alevosa,  
y para enriquecer su amada esposa,  
despide perlas y corales mana.

Del Barrio del Carmen viene la Virgen Dolorosa, la Dolorosa de la Confitería que cantaron los poetas de Murcia en sus versos efímeros, hoy ya, tan sólo recuerdo:

Virgen de los Dolores  
de la confitería.  
Una estrella es tu cara  
que arde en la lejanía;  
mirándola de hinojos,  
el alma se extasía.

Miércoles Santo de Murcia, irrepetible y único, tantos años cruzando el río, Cristo de la Sangre caminando sobre el Puente, y antes La Samaritana, el Lavatorio, la Negación, las Hijas de Jerusalén, el popularísimo Berrugo. Pasos que hacen una escuela murciana de escultura desde Nicolás de Bussy a Roque López, desde González Moreno a Sánchez Lozano, procesión de Murcia y para Murcia, luz en la noche de primavera, reflejo en el agua del río, milagro murciano por excelencia.

Jueves Santo de Murcia. Todo cambia en las calles de la ciudad. Procesión del Silencio. Semana Santa barroca y de contraste. Ahora es el recogimiento y el fervor. Y Murcia sintiendo el silencio, portavoz ahora de la devoción aún más popular. Desde San Lorenzo, ascendiendo por la cuesta de la Merced silencio en los nazarenos, silencio en las calles, rostros cubiertos, incógnitas en la noche oscura y silenciosa:

Silencio, desnudez, quietud y noche  
te revisten, Jesús, cómo los ángeles  
de tu muerte; se calla Dios desnudo  
y quieto en tu tiniebla...

Y ya Viernes Santo murciano. Milagro tras milagro: La Cena, La Oración con el milagro del Angel, el Prendimiento, los Azotes, la Verónica, ese paso excepcional que llamó la atención de Francisco Alemán Sainz, paso solo de mujer, mujer en la gubia de Salzillo que acude al paso del Cristo que cae:

Esa mujer que pone sobre tu rostro el lino  
blanco, donde la angustia infinita perdura,  
es como un árbol tierno en medio del camino,  
vuelo y sombra, que el aire inclina su espesura.

Jesús camina hacia el Calvario y la historia nos la cuenta esta vez el poeta de la gubia y la madera: Salzillo, nuestro escultor preclaro que supo historiar como pocos la historia de una Pasión. Cristo caído en la calle: La Caída:

Déjame florecerte al paso  
déjame confortar tu aliento  
déjame descansar tu espalda  
soliviando el pesado leño.

El Nazareno camina por la ciudad. El clima de la procesión de Jesús cambia de pronto. Un respecto innato modifica a los que la procesión ven. Jesús camina por Murcia en la mañana de su sacrificio ante el asombro de la luz y la ciudad:

Leño que habrá de sostenerte luego  
a tormentosos vientos encumbrados  
lo cargas y apetece, procurándole  
la tangente caricia de tus hombros.

San Juan y la Virgen. Las escenas y las procesiones se funden. Viernes Santo por la tarde. Cristo de la Misericordia. Viernes santo por la noche, Cristo ha muerto: Virgen de las Angustias de Salzillo, Virgen de la Amargura, Virgen de la Soledad, Virgen de la Soledad y el Retorno, Dolorosa de Salzillo. Viernes Santo murciano, Viernes de la Virgen traspasada en las calles de la ciudad por el gran dolor:

Sin luz, porque llora el sol;  
sin voz porque muere el Verbo;  
sin alma, ausente la suya;  
sin cuerpo, enterrado el cuerpo;



sin tierra, que todo es sangre;  
sin aire, que todo es fuego;  
sin fuego, que todo es agua;  
sin agua, que todo es hielo.

Entierro de Cristo. Procesión de Viernes Santo por la noche desde San Bartolomé, procesión de las Servitas y la Soledad. Santo Entierro murciano en la gubia de González Moreno. Y Sábado Santo, Cristo yacente por las calles de Murcia a la espera de la gran Resurrección, última procesión de dolor, blancas las túnicas, expectación inminente.

Semana Santa murciana y final apoteósico. Llega, por fin, la Resurrección del Señor. Domingo alegre y luminoso, en el que la Palabra se ha hecho gloria de nuevo. Y a la calle, desde esta parroquia de Santa Eulalia, sale la procesión del Resucitado, que vuelve a congregar a más público que nunca. Procesión de los niños, y de los ángeles, y de las vírgenes. Procesión de colores claros y de bellos adornos florales. Toda la vida de nuevo y el demonio encadenado y conducido por los niños, los protagonistas de la procesión. Jesús triunfante en la escultura de José Planes, Jesús y la Magdalena, Jesús en Tiberiades, Jesús y los discípulos de Emaús, en las imágenes de Antonio Labaña, el último discípulo de Salzillo. Es el gran misterio de la Resurrección:

Pudiendo ser más leve  
que plumas o humaredas,  
humana, humildemente  
pisa la hierba, y pesa,

y al goce del suavísimo  
tacto, contacto, prenda,  
invita —ábrese flores—  
a las yemas incrédulas.

Resurrección. Oh, gloria  
taladrada y tan nuestra,  
tan de hueso y carne  
firme, caliente, fresca.

Hemos recorrido de un extremo a otro, iglesia a iglesia, calle a

calle, el largo trayecto de nuestra Semana Santa Mayor que queremos más devota, más grande, más hermosa y más lúcida. Cumplimos así como cristianos y como murcianos. Yo os he llevado de la mano por un recorrido personal, en el que nos han acompañado buenos amigos míos y vuestros, compañeros en mi trabajo como profesor de Literatura. Ellos han sido los que me han prestado sus versos y justo es que os diga que Quevedo y Esquilache, Lope de Vega y Juan Lorenzo Ibáñez, Unamuno y Gerardo Diego, Andrés y Gonzalo Sobejano y Francisco Cano Pato, nos han acompañado con sus palabras poéticas por estos caminos de la Pasión del Señor.

El pregonero llega a su destino final. Y es para cumplir con el rigor de su papel. Os anuncio nuestra Semana Santa y os invito a vivir nuestra particular fiesta de devoción. Murcia, ciudad abierta, acoge a todos los que estos días quieren volver a sentir el milagro de nuestras procesiones. A vosotros, forasteros, os invito a que os integréis en nuestro mundo entrañable y familiar. Las fiestas de los pueblos y las ciudades las aman quienes la viven y las interpretan. En la Semana Santa de Murcia no se puede ser espectador. Hay que vivirla con los murcianos que hacemos la Semana Santa, nazarenos de Murcia que cada año cumplimos nuestra promesa de tradición. Y a vosotros, nazarenos que habéis venido a escuchar el Pregón, gentes todas de Murcia, sólo quiero deciros que el gran ritual de nuestra Semana Mayor empieza enseguida y que todo está preparado para que volvamos a sentir el gran milagro... Belleza de mañanas azules y serenidad de noche, de recién estrenada primavera... Procesión y ciudad se vuelven a unir en el rito eterno y entrañable...

Nada más. Muchas gracias a todos.